

Acoger, motivar, exigir. Acogerlos en cada encuentro, hablar con el abrazo, acercando corazones, que diría Antonio Chamorro, educador “como la copa un pino”. Que de cada encuentro se vayan motivados para seguir afrontando los retos de su vida, sin dejar de decirles lo que pensamos con la tranquilidad de que harán lo que crean oportuno, sin miedo a ser juzgados por nosotros

y, por supuesto, sin que sus decisiones pongan en riesgo nuestra relación con ellos, nuestro afecto.

Y, por supuesto, no equivocarnos de papel: no somos colegas, ni familia, ni alguien de su grupo de iguales. En definitiva, **acompañar adolescentes es caminar a su lado**, caminar sus caminos y no empeñarnos en que sean ellos los que caminen los nuestros.

2. Pío Maceda, *Diálogos con Manuel B. Cossío. Mejoremos la educación*

José Luis Corzo

Se trata de un libro muy oportuno – ¡con la que está cayendo! – ameno, breve y muy asequible a cualquier lector, aun dedicado “a los compañeros y compañeras de profesión y a todos los comprometidos con la enseñanza”. Su autor se acaba de jubilar y es el momento justo para escribir con libertad, gran sentido común y experiencia propia sus síntesis de muchos años en las aulas y en la renovación pedagógica española. Ha escrito con modestia y espíritu de pacto y de concordia. Se ha ahorrado su erudición y, a nosotros, todas las notas posibles a pie de página, aunque brinda una bibliografía final y hasta su correo, por si alguien quiere más. Aun sin notas nos introduce en un rico periodo que la mayoría desconocemos en detalle: el de Manuel Bartolomé Cossío (Haro 1857-1935) y otros personajes más de la escuela española en el despuntar del siglo XX, como Francisco Giner de los Ríos (Ronda 1839-1915) y la Institución Libre de Enseñanza (1876), el Museo Pedagógico (1882), el Instituto-Escuela (1918), las Misiones Pedagógicas... Finge dialogar con Cossío y nos revive escenas y datos frescos, que sólo nos suenan entre tinieblas.

En la terrible España culminada luego en la guerra civil, aquellos liberales aportaron frente a sus conservadores una riqueza tan valiosa y actual, que – a nosotros, rodeados hoy de neo-liberales muy diferentes – nos cuestiona y nos estimula también. Más que un libro de historia, lo es de diálogo con ella, como debe ser: se traga un sorbo de lo viejo, y se levanta la cabeza, como las gallinas, para mirarse en derredor y dentro. ¿Qué nos está pasando que carecemos de aquel ímpetu innovador?

Ellos buscaron por Europa – y se trajeron a casa – las ideas de buenos pedagogos y filósofos con los que recrear la educación: sobre todo del suizo E. Pestalozzi y del alemán F. Fröbel (también de K. Krause); y después, de María Montessori (1870-1952) tan célebre en España desde 1912 y del americano John Dewey (1859-1952) traducido por Lorenzo Luzuriaga. Hoy, en cambio, es muy dudoso que nos hayamos incorporado ni siquiera a Celestin Freinet ni, menos aún, a Paulo Freire. Dentro de casa no creo que haya creadores como el propio Bartolomé Cossío – ambos son apellidos – ni sus muchos amigos. Tras el tétrico franquismo y su terrible purga del viejo magisterio, no tenemos más que leyes y contraleyas, y nunca un pacto escolar duradero como es debido.

Y Pío Maceda recorre la historia de la transición democrática en la que no faltan momentos de entusiasmo pedagógico, como las Escuelas de Verano (de 1965 es la barcelonesa “Rosa Sensat”) y unos movimientos de renovación pedagógica (MRP) literal y vulgarmente secuestrados – esa es mi firme opinión como testigo directo – por la reforma socialista. ¡Hasta puede que exista todavía un sueldo ministerial para quien represente a sus fantasmas!

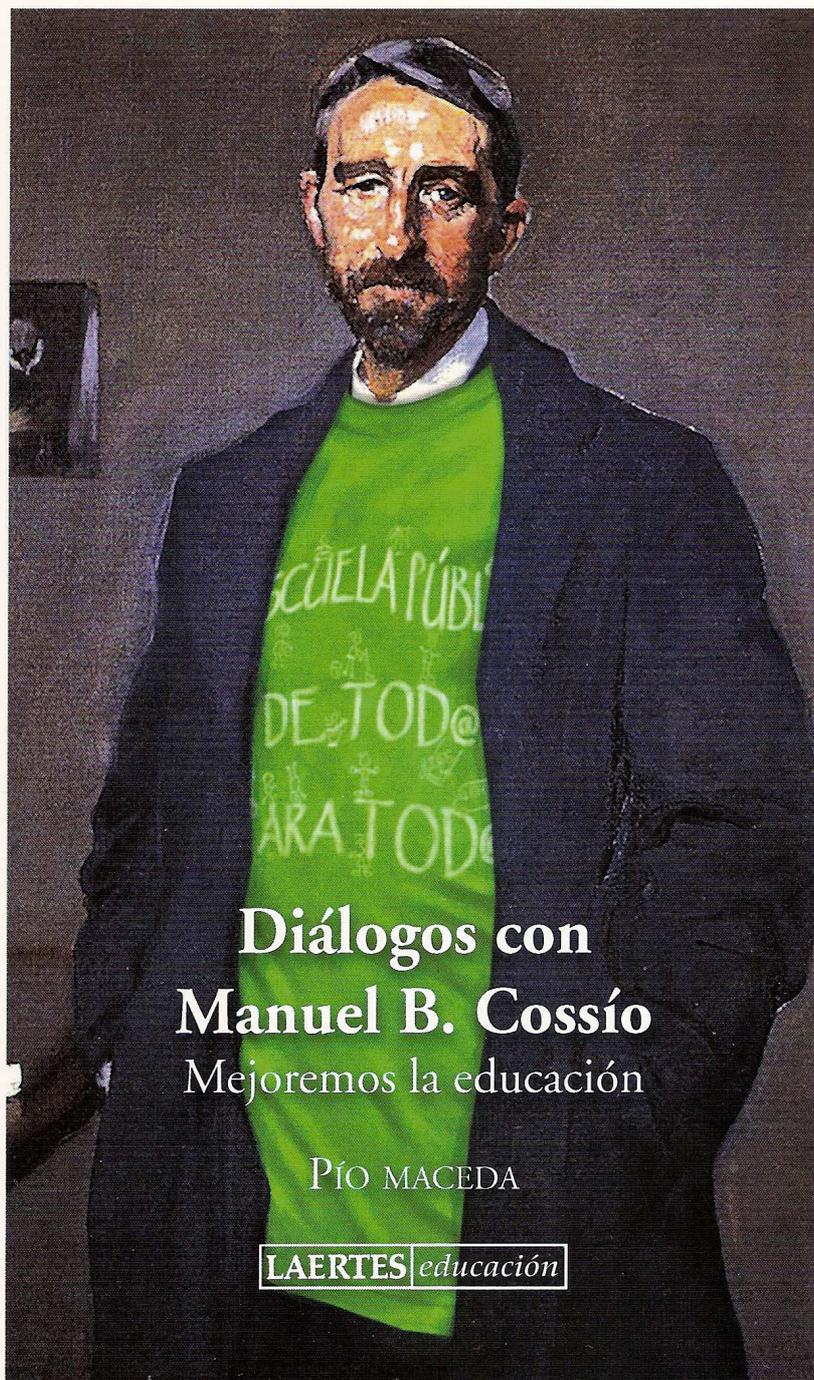
De estos 40 años de democracia repasa el autor el pacto escolar de la Constitución con logros indudables, como la libertad de cátedra – en equilibrio con el derecho de los centros a su propio ideario –, y con la permanente tensión con la Iglesia y la enseñanza de la religión y, no digamos, bajo el acecho de la derechona – ahora victoriosa

con Wert – contraria incluso a la “educación para la ciudadanía”. Con la nuestra se teje la vieja historia de Bartolomé Cossío y aparecen más logros, como la LOGSE de 1990, la escolarización total y unificada hasta los 16 años, con inmigrantes y todo, y hasta con los necesitados de una educación especial; la coeducación e incorporación de la mujer, el bilingüismo (ya suprimido por Primo de Rivera y restaurado en 1931), los conciertos con las escuelas privadas (si vinculados a una necesidad social, eso sí); y la incorporación del medio ambiente y de las nuevas tecnologías, hasta fugazmente de la prensa en las aulas (tan querida por los milanianos).

Tampoco se ocultan ciertos fracasos enquistados, como la maltrecha Formación Profesional, la educación sexual o el precio de los libros de texto (a los que somos adictos), aparte los recortes de esta crisis con su marea verde (y la blanca, que también se describe). El autor, en cambio, apunta su mayor crítica – y hasta autocrítica para el conjunto docente y la política socialista o *pepera* – contra la mala formación y actualización permanente del profesorado; lo que para mí también es la cuestión crucial omitida en las 8 leyes democráticas. Justo lo que trataban de suplir las Escuelas de Verano y los MRP; justo lo que buscó la generación de Cossío a través de las Escuelas Normales. Maceda insiste con razón en reforzar las prácticas y mejorar el sistema de oposiciones; añora los Centros de Profesores (CEP) con incremento salarial vinculado a sus créditos de formación permanente. Y yo que él me hubiera quejado más de la parodia formativa del profesorado de Secundaria, con su escaso CAP (curso de aptitud pedagógica, hoy master); pero él es más pacificador y constructivo y, por eso, recomienda y detalla el fallido pacto pedagógico de Gabilondo.

No acabo mis elogios a este

buen libro sin preguntar al autor (y a los lectores) si no habrá sido la universidad – la Pedagogía oficial, además de la política – la que secuestra nuestro entusiasmo por una reforma escolar siempre pendiente. La consabida lista de santones universitarios – por cierto, echo de menos a César Coll – me deja frío: ya sé que ignoran u omiten la escuela de Barbiana, pero también que parecen ignorar aquel axioma freiriano: “nadie educa a nadie...” Hemos de *educarnos* juntos.



Diálogos con Manuel B. Cossío Mejoremos la educación

PÍO MACEDA

LAERTES educación